

Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

**Cristina Vega,
Raquel Martínez-Buján
y Myriam Paredes (eds.)**

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

© 2018, de los textos, sus autoras.
© 2018, de la edición, Traficantes de Sueños.



**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Título: Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

Editoras del libro:

Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes

Traductoras:

Marta Malo de Molina, capítulo 5, y Mariajo Castro Lage (Syntagmas), capítulo 11.

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN 13: 978-84-949147-2-0

Índice

Prefacio. <i>Raquel Gutiérrez Aguilar</i>	9
Introducción. <i>Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes</i>	15
I. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida	51
1. Economía Plebeya. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur. <i>Montserrat Carbonell Esteller</i>	53
2. El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana. <i>Elizabeth López Canelas y Cristina Cielo</i>	75
3. Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencias. <i>Verónica Gago</i>	97
4. La familia de la Tía Gloria: crianza y poder punitivo estatal en Ecuador. <i>Andrea Aguirre</i>	115
5. Sanación, cuidado y memoria afrodescendiente en el Pacífico colombiano. Las mujeres frente el conflicto armado. <i>Olga Araujo / Gloria Bermúdez y Cristina Vega</i>	133
II. Interrogar lo público común	145
6. Futuro anterior de la ciudad social. Reflexiones desde la experiencia de atención sanitaria territorial en Trieste. <i>Franco Rotelli y Giovanna Gallio / Entrar Afuera</i>	147
7. La acción comunitaria y los cuidados a domicilio. <i>Sara Moreno-Colom</i>	169
8. Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común. <i>Susana Draper</i>	189
9. Bancos de tiempo, sostenibilidad de la vida y nuevos comunes. <i>Lucía del Moral</i>	209
III. Hacer común la comunidad	233
10. Travesías del cuidado de la niñez indígena en Ecuador. <i>Mercedes Prieto y María Isabel Miranda</i>	235
11. «Problemas de la cabeza» en una comunidad en el sur de Brasil. <i>Claudia Fonseca y Helena Fietz</i>	257
12. Ayuda mutua y Estado de Bienestar. Reflexiones a partir de la experiencia del «Grupo de apoyo Daniel Wagman». <i>Silvoina Monteros</i>	277
13. Mujeres migrantes en el cuidado comunitario. Organización, jerarquías y disputas al sur de Buenos Aires. <i>Carolina Rosas</i>	301
14. Aquelarres de resistencia. Una conversa que busca una confluencia <i>Ana Moreira y Mercedes Rodríguez (Brujas Migrantes) / Marta Malo</i>	325
Sobre las autoras	337

2. El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana

*Elizabeth López Canelas (Territorios en Resistencia) y
Cristina Cielo (FLACSO sede Ecuador)*

Sin duda, la intensificación de la explotación de materias primas en países de América Latina implica la devastación del medio-ambiente.¹ Pero, ¿que han significado los procesos extractivos para nuestra reproducción interdependiente con la naturaleza? En este capítulo, identificamos los impactos que la lógica extractiva implica para las poblaciones, particularmente en lo que respecta a sus actividades de cuidado. Situamos nuestro análisis en la Amazonía, donde no solo se encuentran una gran cantidad de recursos naturales codiciados por empresas transnacionales, Estados desarrollistas y pequeñas empresas o cooperativas, sino que también es la región que más contribuye a la reproducción metabólica del mundo.² En el corazón de este ecosistema, el Río Amazonas y sus afluentes conforman la mayor cuenca hidráulica del mundo, que descarga más agua que cualquier otro río, 209.000 m³ de agua por segundo. En este escenario, el cuidado para la renovación de la vida gira en torno al río y al agua.

En lo que sigue, describimos el impacto de las lógicas extractivas en las formas de cuidado colectivo y ecológico en dos comunidades de la cuenca amazónica. Por cuidado colectivo nos referimos a las actividades que realizan los humanos para reproducirse en interdependencia

¹Análisis del neo-desarrollismo y del neo-extractivismo en América Latina (Lander, 2013; Gudynas, 2012) señalan el aumento de la importancia de la exportación de materias primas en economías nacionales de la región, mientras que perspectivas ecológicas políticas (Shmink y Wood, 1987) demuestran los graves impactos medioambientales y sociales de los procesos extractivos.

² Los bosques tropicales son los lugares más productivos para la transformación de gas carbónico emitido por el uso de combustibles fósiles al oxígeno necesario para la reproducción humana (Laurance, 1999).

con la naturaleza. Analizamos dos lugares afectados por la actividad extractiva para identificar transformaciones en el cuidado del agua por las familias y comunidades locales que allí se reproducen. Examinamos, por una parte, la minería aurífera en el norte del Departamento de La Paz, Bolivia, a lo largo de los ríos Beni y Kaká, y, por otra parte, la explotación petrolera en la provincia de Sucumbíos, en Ecuador, en los ríos Aguatico y Napo.³ A pesar de las diferencias en la especificidad del recurso explotado y los contextos de historia y política extractiva en cada país, vemos que existe una lógica fundamental de la extracción: la exclusión del agua del cuidado de lo colectivo.

El río y el agua han sido centrales a la constitución histórica de las comunidades amazónicas; el agua en esta región es un elemento esencial que da forma a la organización de la vida en común. Los ríos en la cuenca amazónica juegan un rol parecido a los terrenos comunes en el medioevo europeo: al ser elemento central para la reproducción colectiva, el cuidado colectivo de los terrenos comunes y la interdependencia de los comunarios a través de ese territorio es parte de la formación de la comunidad (Federici 2004, Cielo y Vega 2015). Con la lógica extractiva, sin embargo, esta relación de cuidado colectivo y ecológico se transforma, y el agua se vuelve un recurso cuyo manejo queda fuera de las manos de los habitantes locales. Aunque sus mecanismos difieren, ambos procesos de explotación de oro y de petróleo en la Amazonía significan que el río y el agua dejan de ser parte de los ciclos de sustento mutuo de las comunidades amazónicas. Esto se percibe con mayor claridad en las tareas y actividades diarias de cuidado de las mujeres de las zonas afectadas.

El capítulo se organiza de la siguiente manera. El primer apartado describe la forma en que las comunidades amazónicas en las regiones de estudio se han constituido históricamente en relación con el agua. El segundo identifica la transformación del rol del agua en el cuidado colectivo, con la intensificación de la minería aurífera en la Amazonía boliviana y el establecimiento de la industria petrolera en el Oriente de Ecuador.

³ En ambos casos se realizó trabajo de campo basado en etnografías, con observación participante y entrevistas en los años 2014 y 2015. El trabajo de campo en La Paz, Bolivia fue realizado por Elizabeth Lopez en visitas de campo a lo largo del 2015, en el marco del registro videográfico sobre la situación de la minería en Teoponte con Territorios en Resistencia. Las etnografías en Sucumbíos, Ecuador se realizaron para la investigación «Mujeres y ecologías políticas de la diferencia en contextos petroleros de Ecuador», financiada por FLACSO Ecuador realizada en colaboración con Ivette Vallejo, Fernando García y Lisset Coca. Angus Lyall y Nancy Carrión realizaron el trabajo de campo en Playas de Cuyabeno de junio a agosto de 2014 y Natalia Valdivieso realizó el trabajo de campo en Dureno y Pañacocha en junio y julio de 2015.

El tercer y último apartado demuestra que la lógica extractiva en ambos casos funciona a través de la construcción del agua como un elemento externalizado del cuidado y del sustento colectivo de las comunidades. Esta ruptura en el cuidado interdependiente con el agua fundamenta las dependencias de las poblaciones amazónicas de la economía de mercado, paso necesario para fortalecer la lógica extractiva.

El agua y las comunidades en la Amazonía

Con la creciente integración de comunidades amazónicas a las actividades extractivas, se producen nuevas formas de relacionarse colectivamente y reproducirse en común, acompañadas de cambios en las actividades de cuidado que realizan los habitantes de la zona. Este trabajo de cuidado no debe entenderse solo en su concepción clásica como el cuidado de la familia y la comunidad, sino como la participación en los ciclos de fertilidad, crecimiento y degeneración natural que hacen posible la reproducción (Turner y Brownhill, 2006; Shiva, 1995). Intervenciones contemporáneas dirigidas a expandir la frontera extractiva y a integrar territorios amazónicos a los flujos globales de *commodities*, transforman lo que significa cuidar y ser parte de comunidades que se conciben en su interrelación con la naturaleza.

En territorios de minería aurífera en La Paz (Bolivia) y de explotación petrolera en Sucumbíos (Ecuador) se evidencia un encuentro entre ontologías locales, políticas nacionales y economías transnacionales. Desde hace mucho, los grupos ribereños amazónicos pobladores de estas regiones se han formado en relaciones de mutuo sustento y cuidado con el agua. En la segunda mitad del siglo XX, la extracción aurífera en la cuenca amazónica de Bolivia creció en importancia, reemplazando la debilitada economía basada en la explotación del caucho. En la Amazonía ecuatoriana, en este mismo periodo, la exportación del petróleo extraída del nororiente reemplazó la dependencia nacional del cacao y del banano. Frente a estos contextos, nos preguntamos: ¿Cómo cuidan los pobladores de estas zonas al agua para la reproducción de sus familias y comunidades?

Los ríos en la Amazonía: circulación vital y originaria

La cuenca hidráulica de la Amazonía es, ante todo, un espacio de vida (Boelens 2009). En sus historias de origen e interdependencia con tributarios del Río Amazonas, advertimos las maneras en que las

poblaciones ribereñas del departamento de La Paz en Bolivia y en la provincia de Sucumbíos, en el nororiente de Ecuador, incorporan sus relaciones con el agua en su cuidado colectivo de sus comunidades y de la naturaleza.

En Bolivia, la zona de Teoponte y la cuenca del río Beni y el Kaka son conocidas por el oro que se encuentra en la selva. La población actual de Teoponte se ubica a 300 Km al Norte de La Paz y fue establecida, junto con otras poblaciones del área, a partir de la migración atraída desde 1968 por la explotación de oro en las riberas del río Kaka. En la década de 1970, la minería de oro se expandió en toda la región, impulsada principalmente por la empresa norteamericana South American Placer Incorporated. En la memoria de los comunarios de Teoponte queda el recuerdo del traslado y puesta en marcha de la draga de 100 cucharas, que tenía la capacidad de mover 250.000 yardas cúbicas de arena y grava al mes a fin de extraer el preciado oro aluvial. Desde entonces hasta la actualidad, la minería aurífera en el área es inseparable del río, explotado en sus playas y terrazas.

Para todos los habitantes de Teoponte y la región, tanto ahora como antes de la colonización, los ríos son su medio natural de transporte y sustento: los ríos son sus carreteras; en sus bordes se asientan las comunidades; de los ríos se abastecen de comida y agua; son los sitios de aseo y de todo un tejido de relaciones sociales y comunitarias. El río fue elemental para los Leco, habitantes originales del área «usados» por los colonizadores para buscar oro por ser «hábil balseros» (Fischermann, 2010: 52). Las prácticas vitales de los pueblos originarios se movían con los flujos del río y los tiempos de la naturaleza: «Los murciélagos nos dicen cuándo hay que pescar, cuando vuelan cerca del agua» (Poroso citado en Griffiths, 2005: 55). El agua misma conecta al pueblo con su historia; un líder Leca dice que el agua «se comparte con nuestros antepasados». Otro estudio (Ferrié, 2005) de la población Leca discute la imposibilidad de separar lo humano y lo no-humano, describiendo las concepciones indígenas de la circulación de sustancias entre el cuerpo y el cosmos. En esta cosmovisión, el agua —junto con el aire, la grasa y la sangre y otros fluidos corporales— es la sustancia elemental y tangible que conecta la fuerza vital humana al mundo no-humano. Este «gran sistema hidráulico» (Ferrié, 2005: 113) circula entre cuerpos y flujos, dando vida a todos los seres vivos.

Existe un profundo conocimiento del agua y del río que se transmite de generación en generación:

Desde chico con mi papa navegamos a remo, a la pesca, a la caza y así fui aprendiendo [...] Conozco todos los ríos, en tiempo de agua y en tiempo seco se corre peligro, hay mucha palizada [...] y si te topa un palo se voltea la chata y nos hundimos. Para evitar los palos es siempre a través de las vueltas, hay que cruzar por encima o esquivar. (Indígena del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure TIPNIS, 2014).

Es significativo el conocimiento de las alteraciones por temporada en el curso del río: cuando llueve y crecen los ríos hay un gran desprendimiento de materia orgánica que incluye árboles, además la corriente de agua es más fuerte y hay que navegar bajo lluvia. Es sumamente importante la buena conducción de las lanchas, evitar las palizadas, vadear los troncos. Cruzar los ríos de un extremo a otro supone el éxito del transporte.

Estas dinámicas constituyen colectivos ecológicos, estableciendo vínculos vitales y prácticas comunes entre humanos y la naturaleza. El poder que les da el río a ciertas personas se ve también en las zonas estudiadas en la Amazonía ecuatoriana. En Sucumbíos, los shamanes (personas sabias con poderes sobrenaturales), no solo tienen conocimientos sobre cómo funciona el río —por ejemplo, cuándo va a cambiar de dirección— sino que su conocimiento del río y sus seres les permite tener habilidades super-humanas de natación o caza en el río, además de dirigir a los espíritus para bien o para mal. Se cuenta que, durante el periodo de construcción de las infraestructuras urbanas para las poblaciones vinculadas a la explotación petrolera, varios niños murieron por maldades enviadas por envidia. A medida que se fue construyendo esta infraestructura, los pobladores sintieron que se alejaban de la selva y del río, al tiempo que se debilitaba el poder de sus shamanes para protegerlos.

Esta zona de estudio en Sucumbíos (Ecuador) tiene una larga historia asociada al sector petrolero. En toda la Amazonía, se desarrollaron explotaciones petrolíferas desde la década de 1940. Pero la extracción del primer barril de petróleo en 1972 de la provincia de Sucumbíos estableció al nororiente amazónico como la primera región petrolera del país. Las comunidades ribereñas que estudiamos en esta región ahora son los destinatarios de obras de compensación por la explotación petrolera. Estas obras son sobre todo construcción de infraestructuras en las tres comunidades que estudiamos en Sucumbíos. Situadas en las orillas de los Ríos Aguarico y Napo, las comunidades de Dureno, Playas de Cuyabeno y Pañacocha son solo accesibles por vía fluvial, y tienen en el centro de sus historias de origen el río.

El río permite a estas comunidades expandirse y conectarse con otras poblaciones. Antes de asentarse en comunidades como Dureno, la población indígena Cofan —auto-denominados A'indeccu (A'i)— eran nómadas. Su territorio se extendía desde la cabecera del Aguarico. Los antepasados de los actuales A'i navegaban a lo largo del Aguarico y el San Miguel hasta llegar al Marañón en Perú para realizar intercambios. Las comunidades kichwa-mestizas de Playas de Cuyabeno y Pañacocha también se originan en el tránsito del agua. La comunidad de Playas se fundó con el establecimiento de un destacamento militar; varios de sus familiares que llegaron tras varios días de remo se quedaron en la zona. En 1959, misioneros capuchinos establecieron una escuela en Playas, lugar al que los estudiantes podían llegar tanto de río arriba como de río abajo. En Pañacocha, las primeras familias fundadoras llegaron a la zona para minar oro en los ríos. Como punto intermedio entre los pueblos de Coca y Nueva Rocafuerte, Pañacocha se formó alrededor de la movilidad y el comercio en el Río Napo, y sus primeros habitantes se ubicaron de manera dispersa en las tierras baldías de la ribera.

Si bien vemos que el río es el lugar constitutivo de las comunidades, también define, separa y hasta protege a las comunidades. Antes de la llegada de motores para las embarcaciones, el estudio o el trabajo en otros lugares implicaba una larga ausencia. Jóvenes de Pañacocha que estudiaban en Coca o Nueva Rocafuerte, que quedaba a 8 días a remo, permanecían años en el colegio sin volver a sus comunidades o ver a sus familias. Tales separaciones por el río también marcaron las fronteras de las comunidades, además de su auto-sustentabilidad. Estas divisiones por el río también protegían a las comunidades. La familia Bustos, una de las primeras de la comunidad de Pañacocha, se ubicó originalmente en la orilla sur del Napo, pero debido a la presencia de tribus waorani, se cambiaron a la orilla norte donde permanecen hasta hoy.

El agua, el cuidado colectivo y el trabajo diferenciado

Para todos los habitantes de estas comunidades, sus conocimientos del río les han servido en sus luchas territoriales y en las movilizaciones colectivas. En 2008, cuando la empresa estatal ecuatoriana Petroamazonas intentó establecer un campamento petrolero sin el conocimiento de los moradores de la zona, el río fue el lugar de lucha y de protección territorial. Para defender su territorio, la comunidad lanzó decenas de canoas para detener la gabarra e inició un enfrentamiento

que duró más de seis semanas. Las mujeres de Playas preparaban la principal arma de la comunidad: un brebaje de ají y plantas secretas que se derramaba sobre los adversarios, haciéndoles llorar y retorcerse de una comezón abrumadora. Los militares se lavaban desesperadamente con el agua del río para quitarse el líquido de su piel, pero esto solo provocaba un mayor efecto: «Con agua no se quita, se hace como sarna», contaron las mujeres riéndose (mujeres mayores, Playas de Cuyabeno, 2014). Como consecuencia de estos enfrentamientos, el gobierno y Petroamazonas negociaron con la comunidad de Playas, finalmente ofreciéndoles la construcción de una «Ciudad del Milenio» descrita abajo.

Al igual en este ejemplo, las relaciones con el río y el agua implican roles sociales diferenciados al interior de la comunidad (Nightingale, 2006). En las tres comunidades de estudio, la pesca es una actividad central, y mayormente masculina. Esta actividad se realiza en los tributarios de los ríos Aguarico y Napo, y en las quebradas que confluyen en ellos. Se pesca con atarrayas, anzuelos, barbasco y en ocasiones con dinamita. A menudo se llevan a los hijos a pescar para poder transmitir su conocimiento de la pesca y de los ríos. Hombres de los tres lugares describen con detalle las migraciones, el crecimiento y el ciclo de reproducción de los peces, por lo que saben en qué meses se puede depender del pescado para alimentar a sus familias. El uso del agua de las mujeres en su trabajo de cuidado y provisión para sus familias, en cambio, es mayormente para la limpieza. Una vez que los hombres realizan la cacería, la pesca y la cosecha de productos agrícolas, entregan los alimentos a las mujeres, quienes los lavan en los riachuelos y quebradas cercanas, para después sazónarlos y ahumarlos. Para las mujeres, estas pequeñas quebradas y riachuelos son importantes además, porque allí lavan la ropa junto con otras mujeres de la comunidad. Antes de que existieran los sistemas de agua que hoy en día funcionan, las mujeres y los y las jóvenes debían acarrear agua de estos riachuelos.

Con las diferencias marcadas en las actividades que tradicionalmente realizan los hombres y las mujeres con el agua, también hay un dominio de conocimiento diferenciado por género. En talleres realizados con los indígenas A'i, se evidenciaron distintas relaciones con el agua y con la tierra según el género: para los hombres los ríos son importantes como delimitaciones y conexiones territoriales y comunitarias; para las mujeres hay un énfasis en los usos cotidianos de los riachuelos, para el lavado y la limpieza. En lo que concuerdan los

hombres y las mujeres A'indeccu, es que el agua es fundamental para su territorio, señalando que el *ñutse kanseye* —Buen Vivir en su lengua— significa conservar su medio ambiente y vivir libre de la contaminación, el punto más conflictivo de las actividades extractivas.

Transformación del cuidado del agua

Las dinámicas de sustento colectivo con el agua en la Amazonía se transforman de manera radical con la explotación de recursos minerales e hidrocarburíferos (Coba s/f). A continuación examinaremos las prácticas y mecanismos de cada una de estas formas de extracción y sus impactos en las formas colectivas de cuidado vital. Como se señaló en la introducción, a pesar de sus diferencias, cada uno de estos procesos extractivos implica una abrupta transformación en la relación que las comunidades amazónicas tienen con el agua, sacando este elemento de los ciclos vitales de cuidado colectivo y ecológico.

En la minería aurífera en Bolivia, las cooperativas mineras son diversas, encontramos pequeños emprendimientos cooperativistas, así como grandes cooperativas con capital privado y extranjero. Ambos tipos de operaciones mineras, reportan serios daños al medio ambiente y gozan de una normativa ambiental muy permisiva. En Teoponte, la minería aluvial extrae oro de los ríos o de sus riberas, suelos poco desarrollados que son formados por las aguas. Se trata de pepitas de oro que son extraídas removiendo el material sedimentado en los ríos. Esto significa una alta contaminación de los cursos de agua natural en los cuales se realiza la minería, contexto en el que el agua deja de ser una parte integral de la regeneración de la vida, volviéndose un peligro y una amenaza.

A diferencia de la minería aurífera en la Amazonía boliviana, la explotación de petróleo en todas partes requiere de importantes infraestructuras, concesiones significativas de territorio y grandes inversiones para extraer material hidrocarburífero. Esto significa que las empresas petroleras necesitan concesiones a largo plazo y poblaciones pacificadas para explotar sus territorios. En el Ecuador actual, las políticas económicas y las promesas de desarrollo sirven a este fin. Con la provisión de infraestructura urbanizada como compensación para la afectación de sus territorios, las comunidades y su trabajo de cuidado se transforman (Cielo, Coba y Vallejo 2016). Hay una ruptura en el sustento mutuo con el río y con la naturaleza, y el cuidado de lo colectivo se delimita cada vez más a lo social y lo humano. En este

contexto, las mujeres se vuelven más dependientes de la economía de mercado y de los hombres con mayor acceso a trabajo asalariado.

Minar el agua en el norte de la Paz

Aunque la explotación minera en la zona de Teoponte empezó hace más de 50 años, en los últimos años se ha ampliado el área de explotación, invadiendo terrenos privados, incluso amenazando la existencia del mismo pueblo de Teoponte. En la década de 1980, la Corporación Minera del Sur (COMSUR) de Gonzalo Sánchez de Lozada —después presidente de Bolivia de 1993-1997 y 2002-2003— compró las concesiones de la empresa norteamericana South American Placer Incorporated. Casi paralelamente, se expandieron las primeras cooperativas mineras sobre esta región. En la actualidad, las concesiones se encuentran en el radio urbano y suburbano de Teoponte. Se trata de concesiones avaladas por la Gobernación de La Paz, la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) y la Autoridad Regional Jurisdiccional Administrativa Minera, sin procesos de consulta o socialización previa a las comunidades afectadas.

El hidrogeólogo Robert Moran (2009) señala que el consumo de agua realizado por la industria extractiva minera equivale a «minar el agua», ya que el agua usada por la minería supone la explotación de este recurso en cantidades que la vuelven un recurso no renovable. Todo tipo de minería supone impactos sobre los recursos hídricos, generando conflictos socio-ambientales referidos a la pérdida de fuentes de agua, su contaminación y usurpación. Valorar el agua sin caer en su mercantilización (López 2009) requiere comprender este valor desde sus múltiples procesos organizativos, sociales y ecológicos. Solo considerando estas múltiples dimensiones del agua (Boelens 2009), se podrá dar cuenta del impacto de las políticas económicas en nuestras maneras de actuar y ser en comunidad y en la interdependencia con la naturaleza.

La dimensión de género es central a estas dinámicas. Las mujeres siempre han sido la mano de obra necesaria y no remunerada en la extracción minera. Desde el periodo de la colonia, las mujeres fueron forzadas a seguir a sus maridos a las minas para el trabajo de mita (sistema colonial de trabajo obligatorio por turno). Y no solo para colaborar en el trabajo minero, sino también para preparar la comida y cuidar a los trabajadores. En la actualidad, las cooperativas reproducen en gran medida este patrón. Sobre el pueblo de Teoponte están asentadas

al menos seis cooperativas que funcionan como empresas mineras de mediana escala, aunque la Central de Cooperativas Mineras Auríferas Teoponte cuenta con 72 afiliadas. Cada cooperativa tiene un promedio de 35 socios, principalmente hombres. Ninguna de las mujeres entrevistadas llegó a Teoponte para trabajar en la minería de oro, llegaron como servicio doméstico, acompañando a sus compañeros o como cocineras del campamento. En muchas ocasiones, las mujeres acompañan a sus esposos a «lavar al río», pero no cuando sus esposos están trabajando como cooperativistas.

A pesar de su imprescindible trabajo, ninguna mujer está registrada en las filas de la Federación de Cooperativas Auríferas. En contraste, entre las cooperativas de la zona andina de Potosí y Oruro existen cooperativas mixtas y cooperativas compuestas sólo por mujeres que responden a sus dinámicas y problemáticas propias. Las mujeres en Teoponte tienen una claridad absoluta sobre lo que el crecimiento de la minería significa para ellas: mayor alcoholismo en sus parejas, más peleas, incremento de la delincuencia por el mayor flujo de dinero, más adulterio y abandono de sus parejas, crecimiento de bares y de prostitución, contaminación de las fuentes de agua, aparición de enfermedades. Para las mujeres, la existencia de bares en la cercana población de Guanay donde trabajan «damas de compañía» son una permanente amenaza, tanto a su economía, como a su salud y su estabilidad emocional. Sin embargo, consideran que nada pueden hacer. Recuerdan con añoranza los tiempos en que podían transitar libremente por el pueblo a cualquier hora del día, las lavadas de ropa juntas en los bordes del río los fines de semana, las dinámicas comunitarias antes de la proliferación de las cooperativas mineras.

Si bien las mujeres asumen el rol de cuidado de manera naturalizada, las condiciones en las que reproducen estas actividades han cambiado tras la proliferación de cooperativas mineras. Con la imposición del modelo productivo extractivo y sus consecuencias sobre el uso de los recursos hídricos, se ha exacerbado la desvalorización del trabajo de conservación y cuidado de la vida. Al ganar un salario, los hombres asumen que tienen que exigir un trato «preferencial» dentro de sus hogares. Cansados tras una jornada de 12 horas, no entienden cómo las mujeres no pueden hacer sus «pequeñas» tareas de la casa; ellas mismas dicen que «ni derecho a enfermarnos tenemos» (comunitaria, Teoponte, 2015). Muchas mujeres narran que entre las razones principales para las peleas con sus maridos está el no poder satisfacer

sus exigencias alimenticias. Se les dice que «han perdido tiempo» por ir al chaco (sembradío) a traer algún producto o que se han demorado demasiado en conseguir agua.

La minería también crea dinámicas de la expropiación de la relación entre el cuerpo y el territorio. La defensa del cuerpo-territorio (Cabnal, 2010) es una mirada integral de las interrelaciones entre la comunidad humana y la naturaleza, «la recuperación y defensa del territorio tierra como una garantía del espacio concreto territorial donde se manifiesta la vida de los cuerpos» (Cabnal, 2010: 22-23). La contaminación por actividades mineras en los ríos de la Amazonía forma parte de la descomposición de sus múltiples dimensiones, usurpando los territorios y sus recursos conexos. En este sentido, la diversidad de mecanismos y conocimientos propios de curación que vienen del fuerte vínculo con sus raíces indígenas no les sirven a las mujeres para diagnosticar o tratar enfermedades relacionadas con la presencia de los metales pesados y productos tóxicos que existen en su entorno.

Los operadores en salud en la zona tampoco tienen información ni formación en toxicología vinculada a la minería, ni hacen un registro de problemas toxicológicos y aún menos estudios para vincular las diferentes enfermedades registradas con la convivencia cotidiana de las personas con metales pesados. Se supone que los metales pesados afectan a la salud, pero no existen iniciativas para actuar sobre los mismos. Las mujeres saben que en determinadas épocas hay cierto tipo de enfermedades como la aparición de sarpullidos o granos en la piel de los niños cuando se bañan en el río, irritación de los ojos y muchas veces problemas estomacales por beber agua, estos problemas aparecen normalmente al finalizar el tiempo seco, coincidiendo con las primeras lluvias que son aprovechadas por los operadores mineros para soltar sus aguas al río. No obstante, sienten que no pueden hacer nada: su cuerpo ya no les pertenece; es un receptor pasivo de metales. La usurpación del territorio, tanto tierra como agua, incluye también la usurpación del cuerpo y de sistemas propios de conocimiento y vida.

Mezclar agua y aceite en Sucumbíos

También viven la usurpación de sus territorios y recursos las poblaciones en el norte amazónico de Ecuador, donde empezó la explotación petrolera hace más de cuarenta años. Los derrames de crudo que se dan desde la década de 1980 han llegado a ser parte de la vida cotidiana de los pobladores de la zona. Moradores de Playas

de Cuyabeno cuentan que a veces iban al río a coger agua y había petróleo, por lo que simplemente removían el agua para dispersar los glóbulos de aceite y cogían el agua incluso para beber. No se conocían entonces los problemas de salud derivados de ingerir agua contaminada, pero sí era evidente que afectaba a la pesca, ya que los peces desaparecieron por temporadas. Pañacocha, en el más transitado Rio Napo, no solo sufrió contaminación por los derrames en pozos cercanos, sino también por la gasolina y aceite del tránsito fluvial aumentado con las actividades sísmicas.

En el territorio de los A'indeccu, el pozo Dureno 1 fue el tercer pozo en ser perforado en la Amazonía. Después de 26 años de explotación, en 1998, los A'i decidieron poner fin a la operación del pozo por la contaminación continua que sufrían y la ausencia de los beneficios prometidos. Organizaron un levantamiento para tomar el pozo, con el fuerte apoyo de los A'indeccu y los shamanes de comunidades distantes, quienes llegaron desde Colombia por vía fluvial. Tras un mes de paralización, Petroecuador canceló la operación del pozo Dureno 1. La resistencia de los A'indeccu a la explotación petrolera duró hasta fechas recientes, cuando una nueva generación de líderes de los A'i de Dureno empezó a dialogar con organismos estatales para permitir la explotación en sus territorios a cambio de obras de desarrollo local.

Con la reformulación de la Ley de Hidrocarburos de 2010 en Ecuador, el 12 % de las utilidades de la explotación petrolera se destinan a comunidades afectadas por la explotación, a través de obras coordinadas por la empresa pública Ecuador Estratégico. En Playas y en Pañacocha, se han construido las primeras dos «Ciudades del Milenio», urbanizaciones en las que se proveen viviendas, infraestructuras urbanas, escuelas del milenio y todos los servicios básicos incluyendo electricidad, agua, teléfono e internet. La Ciudad del Milenio en Dureno está en proceso de construcción, estos proyectos llevan a los habitantes amazónicos a dejar sus fincas dispersas para vivir en urbanizaciones modernas.

Una de las transformaciones principales para estas comunidades es su relación con el río. Si antes el río proveía alimentación y sustento diario, ahora, como servicio básico, el agua les integra a los comunitarios a una forma de vida moderna y monetizada. Con agua tratada y con la contaminación de los ríos, ya no se va al río a recoger el agua, ni se lavan alimentos ni ropa en los riachuelos. El río ha dejado de ser un lugar de esparcimiento, ya que pocos niños nadan y juegan en sus aguas contaminadas. Ha habido también una disminución de

la pesca y el incremento de medios de transporte por operaciones sísmicas también ha llevado al alejamiento de otros tipos de animales por el ruido emitido por las embarcaciones a motor. El cultivo y las cosechas también han sufrido desde que empezaron los procesos de explotación. Las mujeres de Pañacocha notaron que sus cultivos ya no «cargan» como antes; sus yucas se pudren antes de madurar o no alcanzan el tamaño o la consistencia adecuada, mientras que sus plantas de plátanos lucen «quemadas» sin producir frutas.

Tanto por la mayor dificultad en la cacería, pesca y cultivo por la contaminación, como por la necesidad de pagar para los servicios básicos de agua y luz, cada vez más habitantes de la zona buscan trabajo remunerado, dejando de depender de economías de subsistencia. Familias con niños y jóvenes tienden a quedarse en las urbanizaciones para asegurar que sus hijos puedan estudiar en las escuelas nuevas que allí se encuentran. En este nuevo contexto, las actividades de cuidado cambian, especialmente para las mujeres. Como en el caso de la minería aurífera en Bolivia, al no participar en trabajo remunerado, hay una noción común en las Ciudades del Milenio de que las mujeres se han hecho más «vagas» al adoptar una vida más moderna y urbanizada, aunque sus labores en la finca se reemplazan con las interminables tareas domésticas. Como los hombres acceden con más facilidad a los trabajos de servicio en las petroleras o en construcciones relacionadas, tienen mayores ingresos. La autonomía que las mujeres tenían antes para proveer a sus familias se convierte en una subordinación domesticada a las ganancias del hombre. Al no contar con la naturaleza como parte del cuidado colectivo, la dependencia de las mujeres aumenta.

Este incremento de las desigualdades dentro de las familias también se refleja entre las familias de la comunidad. Con la creciente incorporación de la zona a las operaciones extractivas, el río se ha vuelto cada vez más importante como medio de trabajo de transporte. Con las indemnizaciones a los dueños de fincas en los territorios requeridos por la empresa petrolera, algunas familias pudieron comprar canoas y motores de alto coste. En Playas, las 14 familias con lanchas motorizadas se turnan para trabajar en la empresa petrolera y ganan hasta 8.000 dólares por mes, lo que incrementa las desigualdades y los conflictos sociales.

Vemos así que con el incremento de la explotación petrolera en la zona y de las compensaciones por la usurpación de los territorios, el rol del agua y del río en el sustento colectivo se transforma

de manera radical. Se empieza a tener una mirada ajena sobre partes del río, especialmente aquellas con infraestructura petrolera, que se vuelven foráneas y misteriosas para los niños. En general, los comunarios sienten que espacios como el puerto de entrada al pozo que se encuentra en la ribera del río, así como la zona donde se localizan las plataformas o los campamentos no son parte de su territorio. El agua y el río dejan de formar parte de la construcción de la comunidad ecológica de los residentes en las Ciudades del Milenio. El río se vuelve un recurso más a fin de mejorar la posición de cada familia e individuo en las estructuras económicas del mercado.

Transformaciones comunes en contextos extractivos

A partir de mediados de la década del 2000, con la subida de los precios del oro y del petróleo, el extractivismo se intensifica en toda la región latinoamericana. En este periodo, las políticas estatales denominadas neo-extractivistas incorporaron las industrias extractivas como motor fundamental del crecimiento económico. El neo-extractivismo (Gudynas, 2012) se caracteriza por una mayor presencia estatal en las inversiones en proyectos mineros y petroleros, y, por lo tanto, mayores réditos económicos que son usados con fines sociales. En Bolivia, se produjo una arremetida de las cooperativas mineras, y en Ecuador, se observó la intensificación de la explotación petrolera. Pero a pesar de los fines redistributivos de la renta extractiva por parte de estos gobiernos, Harvey (2005) señala la «acumulación por desposesión» que entrañan estos procesos y Foster (2013) enfatiza la «ruptura en el metabolismo social» que implica la extracción. En esta línea analítica, vemos que el agua es expropiada respecto de la reproducción de lo colectivo, quitándole no solo sus usos y funciones, sino también su rol constitutivo en la recreación de las comunidades.

La lógica de despojo de la industria extractiva, tanto en la minería como en la extracción petrolera, sigue un mismo patrón de expoliación, despojando de manera violenta a las comunidades de su territorio y del agua. Este proceso se ampara en las legislaciones favorables a estas actividades extractivas y por el paradigma único de desarrollo que implementa el Estado. Las comunidades y en particular las mujeres son así obligadas a aceptar una nueva forma de relación con su entorno, su cuerpo y su vida. El impacto de la lógica extractiva va más allá de los impactos visibles en el medio ambiente.

Nuevas divisiones en el conocimiento y en la organización social

En la lógica extractiva en la Amazonía, la «acumulación por desposesión» depende de la transformación de la relación de los habitantes del territorio con el agua. Como hemos visto, se evidencia un alejamiento —tanto práctico como de conocimiento— del agua y del río respecto de los procesos reproductivos colectivos, al tiempo que se instrumentaliza la vía fluvial. La separación de la naturaleza de procesos de cuidado colectivo y ecológico se ven también en las formas de comprender la productividad. Indígenas entrevistados usan un lenguaje de cuidado de la tierra, del agua y de otros seres cercanos: «En la naturaleza, todo es para nosotros, de ahí tenemos comida, animales, madera para las casas, por eso nosotros cuidamos también» (indígena A'i, Dureno, 2015). En contraste, los colonos en Sucumbíos hablan de la dificultad y de sus logros al emplear de manera productiva el suelo. Un originario de Machala que vive desde hace 22 años en Pañacocha se dedica a la agricultura en su finca y comenta que «la tierra debe usarse al máximo para sembrar productos que se puedan vender y hacer fincas integrales con los cultivos y animales» (comunario mestizo, Pañacocha, 2015).

Al depender menos del agua y del río para el sustento colectivo y en su vida cotidiana, los habitantes de las comunidades con agua tratada se preocupan menos por su contaminación. Cuando se rompieron unas tuberías del Río Aguarico, dirigentes de comunidades con agua entubada negociaron precios y puestos de trabajo como compensación, mientras que dirigentes de otras comunidades se preocuparon más por la distribución de agua potable y de las demandas por contaminación. De manera parecida, en Teoponte, cuando se dañó la toma de agua potable por las operaciones mineras y una inspección técnica evidenció el incumplimiento de normas ambientales, se ordenó a las cooperativas reponer el sistema de agua, dejando de lado los problemas de contaminación y usurpación del agua.

Al cambiar el uso del agua, las dinámicas familiares y la incorporación de sus miembros al cuidado colectivo también se alteran. Ya que el agua llega a casa, no hay necesidad de ir al río a cargar el agua dos veces diarias. Un joven de Playas recuerda que antes de vivir en la Ciudad del Milenio, su familia se levantaba a las 4 de la mañana a tomar chicha o guayusa hasta la madrugada, cuando iban a bañarse al río como familia y coger agua en baldes para la casa. Después de clases, por las tardes los jóvenes iban a trabajar en las fincas. En la

Ciudad del Milenio, debido a la concentración de la población estudiantil y el distanciamiento de las familias con sus fincas, los jóvenes suelen pasar todas las tardes jugando.

No solo se individualiza el trabajo de cuidado por algunos miembros de la familia, sino que también el cuidado que antes se daba en la colectividad. Hasta hace unos años en esa misma comunidad, cuando se limpiaba un sitio de cultivo se convocaba a una minga en la que participaban los miembros más cercanos de la familia anfitriona, quienes colaboraban con el trabajo. Por los distintos tiempos y necesidades en una economía más monetizada, se ha reducido esta práctica y se paga a personas para realizar los trabajos de limpieza del suelo y siembra. Tampoco se comparte la carne que se caza, ya que hay refrigeradores para guardarla. Esto supone una ruptura en las formas de intercambio social, reciprocidad y pertenencia familiar.

Asimismo, fracturas en la interdependencia con el agua y con sus tierras también llevan a la fragmentación de las comunidades en la Amazonía boliviana afectada por la minería. En Teoponte, las mujeres y ancianos afrontan un riesgo mayor de ser despojados, ya que se encuentran en condiciones desventajosas para resistir y oponerse a las amenazas y maniobras jurídicas fraudulentas por parte de los actores mineros. En Teoponte, una cooperativa minera logró acuerdos con varias familias que tenían hombres a la cabeza del hogar para negociar la concesión de sus tierras. Pero a otras familias sin representación de un hombre relativamente joven se les han quitado sus tierras, sin que la comunidad les apoye. Los hombres de la comunidad no quisieron enemistarse con las cooperativas cuyo empleo necesitan. La minería combina hábilmente métodos modernos legales de persuasión y la imposición por la fuerza y el temor, además del machismo de la actividad minera. Los dirigentes —también varones— de las comunidades afectadas adquieren nuevas funciones de negociación con la empresa; priman las compensaciones y la generación de fuentes de empleo por encima del uso familiar del territorio. La desarticulación del tejido social es fundamental para los procesos de extracción minera.

Estas dinámicas implican una nueva relación frente al Estado, su proyecto de desarrollo estratégico y las normativas nacionales. En el caso boliviano de la minería de oro, detrás de los intereses del capital minero existe todo un aparato legal y político que le sostiene e impulsa. La Ley de Minería y Metalurgia aprobada el 2014 protege e incentiva el desarrollo de esta actividad en todo el territorio nacional,

sin excluir áreas protegidas o nacientes de agua, dejando en total desamparo a las poblaciones locales.

En Ecuador, como señala el nombre de la empresa pública a cargo de construir las Ciudades del Milenio, Ecuador Estratégico, las mismas comunidades en territorios extractivos entran a la consideración nacional como elementos de cálculo estratégico. El Estado que tradicionalmente ha estado ausente en la Amazonía ahora hace sentir su presencia con la implementación de normativas y proyectos de desarrollo fuente de conflictos locales. Las relaciones, las visiones y los roles distintos del agua y de la naturaleza por los diversos actores constituyen relaciones sociales caracterizadas por inserciones diferenciadas en las economías del mercado laboral y del consumo. Se generan cada vez más divisiones dentro de las mismas comunidades y entre las comunidades aledañas que se encuentran en el sector de influencia de las actividades extractivas, dando lugar a territorios y organizaciones fragmentadas.

El futuro del cuidado interdependiente

La ruptura del sustento colectivo con el agua es particularmente notable en las nuevas Ciudades del Milenio construidas sin el conocimiento de las ecologías hídricas de la Amazonía. La empresa constructora de las ciudades no tomó en cuenta el acomodo del relleno de arena que se usó para fortalecer el terreno pantanoso en el que se asientan Playas de Cuyabeno y Pañacocha. Por el poco conocimiento de las cantidades de agua y de lluvia en la zona, las comunidades se encuentran a menos de tres años de su construcción con huecos de medio metro o más de profundidad en las calles, adoquinado levantado, alcantarillado siempre inundado, columnas de metal oxidadas, pisos de casas que se humedecen y se desprenden. Se crean conflictos además por la asignación de responsabilidades de estos problemas y los habitantes de ambas Ciudades del Milenio miran con desesperanza el futuro de su comunidad. Un técnico en Playas de Cuyabeno prevé que, dentro de 10 años, la Ciudad del Milenio quedará «destruida».

De manera parecida, los comunarios de Teoponte ven con preocupación su situación y su arraigo en la zona. Siendo una población de colonos atraídos fundamentalmente por la explotación de oro, las condiciones de los primeros asentamientos fueron muy precarias y de mucho riesgo. Una lógica de cuidado colectivo y comunitario les permitió sustentarse paralelamente a los primeros esfuerzos de obtener oro de

manera artesanal y a pequeña escala. Pero con la masiva incursión y proliferación de las cooperativas mineras y la consecuente expansión de las áreas de explotación en los últimos 10 años, las mujeres de Teoponte reclaman que se ha desvalorizado más su trabajo de sostenimiento y cuidado colectivo. Frente a la disyuntiva de desaparecer o ser expulsada, si la expansión minera continua, la población de Teoponte se encuentra con nuevos conflictos sobre el uso de los recursos como la tierra y el agua. Mientras la lógica extractiva impide la incorporación de la naturaleza en las actividades para el sustento común, los comunarios velan cada vez más por sus intereses familiares.

En tierras afectadas por la explotación petrolera, también hay una mayor preocupación individualizada por la familia, ya que el pago de los servicios de agua, luz, teléfono e internet es por hogar. Frente a esta necesidad de dinero, una queja común, que aparece en casi todas las entrevistas realizadas en Sucumbíos, es la ausencia de fuentes de empleo para poder lidiar con estos y otros gastos mensuales. Las decisiones que se realizan en la comunidad se dirigen hacia la posibilidad de generar empresas de turismo, de transporte público o de oferta de otros servicios para las compañías petroleras. Lo que queda claro es que se ha generado una fuerte dependencia entre los comunarios y las cooperativas, empresas y políticas públicas extractivistas, lo que alimenta y fortalece la lógica extractiva misma. En el territorio de la nacionalidad A'i, existen alrededor de 18 pozos cuya explotación se considera que podría ser en el interés de la comunidad, por la necesidad de «alcanzar un desarrollo y un estándar de vida mejor» (presidente, comunidad A'i de Dureno, 2015). En lugares cercanos a los pozos explotados, muchos habitantes hablan con esperanza de la posibilidad de que se encuentre petróleo en sus territorios, para que también puedan recibir las indemnizaciones.

El cuidado interdependiente con el agua ha sido fundamental para la constitución de las comunidades amazónicas. Con las transformaciones provocadas las lógicas extractivas se dan, sin embargo, nuevas separaciones, fragmentaciones y divisiones en los colectivos, sus conocimientos y su relación con el agua y el territorio. Las poblaciones locales se vuelven así dependientes de la provisión de salarios y bienes por actores externos, dependientes ya de una «heteronomía material» (Lordon, 2014) para su sustento vital. La ruptura del rol del agua en el cuidado del sustento colectivo ha significado la incorporación y sujeción mayor de estas comunidades a las economías de mercado, característica que fortalece el poder de la lógica extractiva. En

la minería aurífera, vimos cómo se reproduce el capital a partir de la inclusión dependiente de los sectores más vulnerables, apoyados por la normativa estatal. La informalidad de la minería precariza la situación, especialmente de las mujeres, los y las niñas y los ancianos quienes se incorporan de manera estratificada en los niveles más bajos y contaminantes del trabajo. En la explotación petrolera, en cambio, el cuidado y el trabajo reproductivo vuelven a ser invisibilizados, al tiempo que se vuelven dependientes de la economía monetizada.

A pesar de sus diferencias, sin embargo, vemos que la lógica extractiva implica la exclusión del agua del cuidado colectivo de lo social. Al extraer el agua de los ciclos de sustento mutuo entre humanos y no humanos, las dinámicas de cuidado colectivo se vuelven poco autónomos y manejables por los habitantes de la zona. Si no se reconocen estas rupturas y transformaciones en el cuidado colectivo del agua, las políticas y proyectos de desarrollo en la Amazonía sólo podrán llevar a la inclusión dependiente y precaria de sus pobladores.

Bibliografía

- Boelens, Rutgerd (2009), «Aguas diversas. Derechos de agua y pluralidad legal en las comunidades andinas», *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 66.2, pp. 23-55.
- Cabnal, Lorena (2010), «Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala» en *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*, Madrid, ACSUR Las Segovias, pp. 11-25.
- Cielo, Cristina y Cristina Vega (2015), «Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual» *Nueva sociedad*, núm. 256, pp 132-144.
- Cielo, Cristina, Lisset Cobo e Ivette Vallejo (2016), «Women, nature, and development in sites of Ecuador's petroleum circuit», *Economic Anthropology*, núm. 3(1), pp. 119-132.
- Cobo, Lisset «Alienación: El despojo de las aguas y la producción de territorios de padecimiento en la Amazonía ecuatoriana, desde un análisis feminista», Manuscrito inédito.
- Federici, Silvia (2004) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Foster, John (2013), «Marx and the Rift in the Universal Metabolism of Nature», *Monthly Review*, núm. 65(7).
- Gudynas, Eduardo (2012), «Estado compensador y nuevos extractivismos: Las ambivalencias del progresismo sudamericano», *Nueva sociedad*, núm. 237, pp. 128-146.
- Harvey, David (2005), *Spaces of neoliberalization: towards a theory of uneven geographical development*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag [ed. cast.: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, 2007].
- Lander, Edgardo (2013), «Tensiones/contradicciones en torno al extractivismo en los procesos de cambio: Bolivia, Ecuador y Venezuela», en C. Arzeet (comp.) *et al.*, *Promesas en su laberinto: cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina*, Quito, IEE.
- Laurance, W. F. (1999), «Gaia's lungs: Are rainforests inhaling Earth's excess carbon dioxide?», *Natural History*, núm. 96.
- Lordon, Frederic (2014), *Willing slaves of capital: Spinoza and Marx on desire*, Londres Verso Books [ed. cast.: *Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2015].

- López, Elizabeth (2009), «La industria minera, una industria sedienta: caso Minera San Cristóbal», en *Justicia Ambiental y Sustentabilidad Hídrica*, Cochabamba, CGIAB.
- Nightingale, Andrea (2006), «The nature of gender: work, gender, and environment», *Environment and planning D: Society and space*, núm. 24(2), pp. 165-185.
- Schminck, M. y Wood, C. (1987), «The Political Ecology of Amazonia» en Little y Horowitz (eds.), *Lands at risk*, Boulder (Co.), Westview Press.
- Shiva, Vandana (1995), «Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo», *Cuadernos Inacabados*, núm. 18.
- Turner, Terisa y Brownhill, Leigh (2006), «Ecofeminism as gendered, ethnicized class struggle», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 17(4).